

San Francisco de Jerónimo sj (11 de mayo)

Martirologio romano: En Nápoles, ciudad de Campania, san Francisco De Jerónimo, presbítero de la Orden de la Compañía de Jesús, que se dedicó a predicar misiones populares y al servicio pastoral de los marginados. († 1716)

BIOGRAFÍA

Es uno de los representantes más conocidos de aquel movimiento apostólico desarrollado en Italia en el s. XVII, especialmente en el ámbito de los jesuitas, y que se conoce con el nombre de «misiones populares».

Francisco de Jerónimo había nacido en Grottaglie (Taranto) el 17 de diciembre de 1642, en el seno de una familia de la burguesía media de profunda fe. El primero de once hermanos tuvo la suerte de encontrar en su pueblo natal una escuela de piedad, que influyó decisivamente en él hasta la edad de los 17 años: desde la edad de los 10 años se había confiado a los cuidados y a la educación ofrecida por una congregación de sacerdotes dedicados a la enseñanza y a las misiones entre el pueblo.

En 1659 fue recibido en el seminario diocesano de Taranto para continuar sus estudios, orientándose definitivamente hacia el sacerdocio. En el colegio de los jesuitas de aquella ciudad asistió a los cursos de retórica, ciencias y filosofía. Fue ordenado subdiácono en 1664 y, poco tiempo después, diácono.

Al año siguiente, se trasladó a Nápoles para asistir a los cursos de derecho civil y canónico, obteniendo la licencia en tales materias (al parecer en 1668) y también en teología. Ingresó en el noviciado de la Compañía de Jesús en julio de 1670 y fue enviado, al año siguiente, a tomar parte en la misión rural que los jesuitas desarrollaban en los campos de Salento. Esta actividad apostólica fue para él muy útil, aunque dura, para lo que después será su definitiva misión: la evangelización del pueblo napolitano.

Llamado a Nápoles en el verano de 1674 para completar los estudios de teología, emitió la solemne profesión religiosa el 8 de diciembre de 1682, cuando ya residía en la casa profesa de Jesús Nuevo y era ayudante de las misiones populares. Desde entonces permaneció

en la capital napolitana donde transcurrió casi toda su vida (alrededor de 40 años) con los «alejados», por las calles y las plazas más abandonadas de Nápoles: la situación socio-religiosa de esta gran ciudad era, en esta segunda mitad del s. XVII, extremadamente preocupante y marcada por las más sorprendentes contradicciones. Por un lado, el alto nivel de vida de una parte de la nobleza; por otro, la miseria de las capas más pobres de la población que vivían en la promiscuidad. En tal contexto social ejercía su trabajo un grupo numeroso de

artesanos, comerciantes y pescadores, que formaban el entramado productivo de la ciudad. Pero junto a ellos se unía una masa ingente de desheredados en busca de suerte, especialmente de pobres campesinos atraídos por el incipiente urbanismo: se trataba de gentes fluctuantes en continua lucha por la supervivencia, y para la que la degradación humana y cristiana era la norma.

Francisco de Jerónimo no permaneció sordo a este grito de dolor y de miseria: a tal muchedumbre de personas dedicó su ministerio con la creación de las «misiones urbanas permanentes»; a ellas dirigió sus cuidados sacerdotales por más de cuarenta años, acercándose a la pobre gente por las calles y por las plazas públicas. Por medio de una continuada catequesis popular, Jerónimo llevó a cabo su obra moral, humana y cristiana.

Digno de mención y de aprecio es el hecho de que se haga de él un pionero, anticipándose a los tiempos: solicitó y obtuvo la colaboración activa de al menos doscientos laicos, reclutados entre los pequeños artesanos y entre los mismos «convertidos»: con tales personas, formadas y reunidas en una especie de congregación, salió al encuentro de pecadores y prostitutas, de marginados y perseguidos, que eran sus predilectos. Otro aspecto de su actividad apostólica fue el de los ejercicios espirituales, que impartía a las clases sociales más variadas: desde religiosos y religiosas a encarcelados y galeotes de los barcos. Dedicado al trabajo y a las fatigas apostólicas, apoyadas en su intensa oración, Jerónimo murió en Nápoles el 11 de mayo de 1716. Fue beatificado por Pío VII en 1806 y canonizado por Gregorio XVI el 26 de mayo de 1839; sus restos fueron trasladados a la iglesia de los jesuitas de Grottaglie, su patria, tras la II Guerra mundial.

Texto de P. Molinari



ORACIÓN

**Dios todopoderoso y eterno,
que has santificado este día de júbilo con la glorificación de san Francisco de Jerónimo
concédenos, por tu bondad, mantener con perseverancia
y consolidar con las obras la fe que él siempre anunció con celo infatigable.
Por nuestro Señor Jesucristo.**